



«MY SECRET LIFE»

CAPITULO 17

—¿Quién es ese ruso tan pesado?

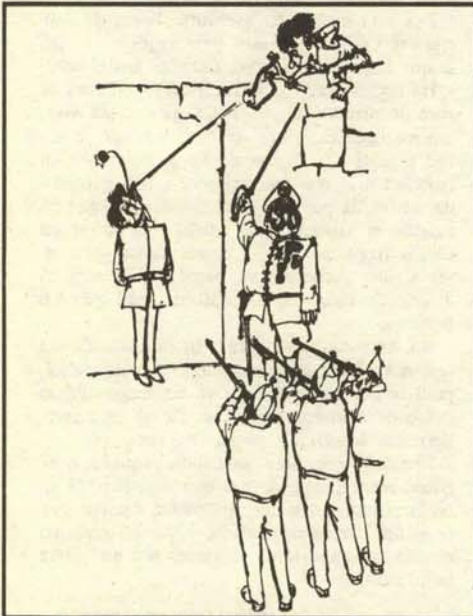
—Soltzhenitsyn, excelencia —repliqué y la baronesa de Nachfülber me susurró al oído: "Ahora que están todos entretenidos en escucharle... deslízad vuestra mano bajo mi pollera...". "¡Chitss...! Baronesa, por favor...". La Nachfülber introdujo un puñado de amatistas en el bolsillo derecho de mis pantalones. Luego, dio una toba sobre las piedras y un alegre tintineo escapó de las entretelas. Soltzhenitsyn detuvo un momento sus críticas a la Unión Soviética y nos miró con cabreo. La baronesa exclamó: "¡Qué tío tan rollo...!". Y su marido, el barón, se inclinó a mi otro oído para sugerirme: "Adriano, por favor, llévatela al invernadero y hazla un homenaje. Está completamente salida...". Salimos de puntillas y nos fuimos al jardín. En un columpio de corales, Kissinger balanceaba sus astucias políticas en compañía de una exuberante starlette. Agitó su portafolios al vernos. "¡Una fiesta magnífica...! —gritó. Y su dulce compañía soltó una risotada. Henry vació una copa de champagne en el escote de la bella. La starlette se quitó un zapato y golpeó con el tacón las gafas del estadista. La lente se rompió en caleidoscópica tela de araña. Kissinger tomó los cristallitos, uno a uno, con paciencia infinita y los guardó en el portafolios. "Pueden hacer falta. Escasean las materias primas en los países subdesarrollados". La baronesa de Nachfülber tiró de mi chaqueta. "¡Por favor, Adriano...! ¡Qué pesados están todos hoy con la política...!". Seguimos nuestro camino al invernadero. Junto a las cascadas del jardín salvaje, el Sha mostraba fotografías de los mendigos de Persia a Jesús Hermida: "Este es de Ispahan...". El reportero trataba de ver la foto, pero estaba al otro lado de su perfil y los ojos no daban más de sí; de manera que no tuvo más remedio que girar sobre su eje con todo el cuerpo para no descomponer la pose. El Sha levantó el flequillo de Hermida y preguntó: "¿Ves ahora?". "¡Qué barbaridad! —exclamó el corresponsal—. En ese gran país, en Norteamérica, no pasan estas cosas...". Seguimos andando. John Wayne pasó a nuestro lado como una exhalación montada a caballo. Perseguía sin piedad a media docena de indios. Saltó sobre Kissinger y la starlette e irrumpió en la casa a través de una ventana, con caballo y todo. Sonaron unos tiros dentro. Los indios habían muerto. Al punto, salió Soltzhenitsyn despavorido y aferrado a sus derechos de autor. La Nachfülber se apretó a mi cuerpo y dijo desgarrada: "¡Al invernadero, Adriano. Tú no debes mirar estas cosas...!". Llegamos. Entre las flores, Lisa saltaba a pídola sobre Mark Spitz, Mimi Tatum ponía cintas coloradas en un pantalón del Duque de Zeichnen y Alfonso Sánchez decía no sé qué de Bogdanovich. La Baronesa me tiró sobre un lecho de gladiolos y, mientras lanzaba lejos de sí el vestido, me prometió: "Haremos una subasta en favor de tu madre...". "Gracias. Podrá seguir en el sanatorio. No es que esté enferma. Es que la gusta vivir allí para reírse de los enfermos". ■

ADRIANO DI TOLA.

(Continuará)



—Espero que no les importe agarrarse al cable, pero es que los señores Jensen no han podido venir hoy a las sesiones.



—Mira Mulcahy, te vestimos así para que cogieses a aquel tipo en el parque, pero ya han pasado tres semanas desde entonces. O sea que te ordeno que te vuelvas a poner inmediatamente el uniforme.

